Verano/12

Buceo

(*Por Loca... como tu madre*) El agua me enseña a fluir y a no acumularme en ningún lugar.

La costa de la moral se aleja.

Descubro el roce de los peces rojos, atravieso las algas frescas que me abrazan y me sueltan, libres...

Aspiro... y vuelvo a inquietarme con las burbujas que rescatan el sonido.

Mi universo se expande. Me siento frágil, eterna y mutante.

Lo sorprendo bajando hacia mis profundidades. Me chupa, me lame y mordisquea...¡Sí! ¡Sacame las escamas!

Buceame... Mientras, yo floto y navego.

Las sábanas son olas que derriban los muros del cuarto y todo es agua.

Buceamos...

Me despojo y ya estoy desnuda, innegablemente empapada; y vos, ocupado en rellenar todos mis huecos sin amarras.

Separás mis piernas como los continentes de Africa y América, y de mí nace el Atlántico. Te zambullís en el ancho y profundo túnel al centro de mí, encontrás el mar abierto, bravío, helado...

El amor tiene todos los poderes.

Buceame... lento, pesado.

Ahora yo juego con vos, y con un hilo de saliva te absorbo convirtiéndote en la más pequeña de las sardinas.

¡Buceame... pescado! y haceme tu nereida, tu ninfa del mar.

Quiero sentir, solo, los pulsos del corazón.

Quiero ser el alimento de los tiburones.

¡Quiero el abismo!

Todavía no me fui de vacaciones pero cuando hacemos el amor, siento que buceo. Pescado.

DE ALLI PR[O]
VUESTR[…]

Por Marcelo Birmajer

Actor ocasional, productor televisivo, periodista y autor de literatura juvenil de inusual éxito –su novela *"Un crimen secundario"* aparecida en 1992 ha superado los 20.000 ejemplares vendidos–, el escritor Marcelo Birmajer (Buenos Aires, 1966) también se hace lugar para iluminar relatos inquietantes donde lo fantástico no tiene por qué sacrificar una cierta y personal inocencia. Esta crónica marciana y porteña –o, como señala el autor, esta "fábula moral"– contiene todos los ingredientes que han convertido a Birmajer en escritor imprevisible y –aun así, tal vez por eso– infalible a la hora de echar a rodar una historia.

Mi padre siempre me contaba anécdotas de ustedes –me dijo el marciano–. Historias, leyendas.

–¿Verdaderas? –le pregunté.

–Mi padre me decía que eran ciertas. Pero yo creo que eran fábulas morales. Y ésas siempre son falsas. ¿Hay por aquí un lugar que se llama Florida?

–¿Aquí, en la Argentina? Sí, un barrio del Gran Buenos Aires. Pero si tu padre te lo contaba en Marte, podía referirse a alguna otra Florida de la Tierra. Hay más de un sitio llamado Florida en este mundo.

–Qué raro –dijo el marciano–. Como sea, mi padre me contó que en este sitio terrestre Florida todos los hombres se casaban con mujeres que los padres les habían elegido.

Todos nacían con una esposa destinada. Por arreglos entre familias, se le asignaba a cada niña de un año, como esposo, el primer varón que naciera. Eran cinco o seis familias las que hacían los arreglos entre sí. Las relaciones sexuales, claro, eran únicamente reproductivas, y el sistema jamás se alteraba.

Las mujeres siempre llevaban un año a sus maridos, y sospechamos que debía haber algunas parejas felices y otras no, no lo sabemos, porque quizá la felicidad no les interesaba. Hasta que ocurrió.

Los matrimonios se consumaban cuando la mujer cumplía quince años. Por el año que le llevaba al marido, y porque las mujeres son siempre más adultas que los hombres, recaía sobre ellas el peso de la iniciación, y del destino en general. Esto las hacía duras y reconcentradas.

Anahí tenía trece años cuando Reno se enamoró de ella. Anahí estaba destinada a un mocetón de doce años llamado Tébere, muy gordo y algo bobalicón.

A Reno le había tocado en suerte Yanina, una señorita espigada y de formas redondas, con el carácter de un carcelero.

Para la gente de Florida, Anahí había nacido mal. Su madre estaba en un barco cuando ella quiso salir al mundo, y era un secreto vox populi que la presencia de extraños en el parto había alterado su formación. Anahí era lo que ustedes hoy llamarían afeminada. Le gustaba arreglarse el cabello y comía poco. Reno era como los demás hombres: discreto y a la espera de ser guiado.

Aquí comienza la historia, y este origen, como todos, es misterioso. Reno se enamoró de Anahí.

La vio una mañana juntando flores, con el pelo suelto y arreglado, y quiso que su destino fuese otro.

En fin, dejó de comer, no dormía, lloraba. Una suma de actitudes que, para los habitantes de Florida, le estaba reservada a los seres que habían nacido en presencia de extraños o cuyas madres se habían accidentado durante el embarazo.

El nacimiento de Reno no estaba inscripto en alguna de estas dos circunstancias.

Aunque no sabían qué era, corrió el rumor por Florida de que Reno deseaba hacer con Anahí lo que le estaba destinado hacer con Yanina.

Imposible.

Reno era un año mayor que Anahí, y en el plazo de un año debía casarse con Yanina.

Cuando encontraron a Reno y Anahí revolcándose en el pajonal de un establo, decidieron recluirlos por separado.

Reno logró evadir la guardia de sus padres pero no la de los padres de Anahí. Le clavaron un tridente en la pierna.

Lo regresaron a su casa herido y debió guardar reposo.

La infección casi le quita la pierna. Pero cuando el dolor se lo permitió, aprovechando que sus padres lo creían convaleciente, huyó y fue por Anahí.

Esta vez llegó hasta la habitación y fue la madre de la muchacha quien le partió una botella en la nuca. Reno fue llevado hasta su casa y despertó tres días después repitiendo sediento el nombre: "Anahí".

Al día siguiente, luego de una dura lucha a puñetazos con su padre, amenazó con una pistola al padre de Anahí y pidió ser llevado a la habitación de la muchacha. El hombre, a punta de pistola, lo llevó. Pero ella no estaba allí. Desesperado, le dijo al hombre que lo llevara hasta donde estaba la muchacha o lo mataría.

–Mátame –le dijo el padre de Anahí–. Y luego a mi esposa. Pero no te diremos dónde está ella. Hay cosas que no se pueden cambiar.

Además de decirle la verdad, lo estaba distrayendo. Porque por segunda vez la madre de Anahí lo hirió por detrás, en esa ocasión con un candelabro de cobre.

Cuando Reno despertó, estaba frente al altar. Esposado y junto a Yanina. El juez le estaba informando que si no aceptaba a la mujer en sagrado matrimonio sería ahorcado a la salida del recinto. Sus padres y la totalidad del pueblo estaban de acuerdo con el veredicto. Anahí permanecía escondida en algún sitio, custodiada por su padre.

VIENEN TODAS
AS DESDICHAS



–¿Qué respondes? –lo instó el juez.

–No me casaré con otra mujer que no sea Anahí –respondió el muchacho, haciendo sonar las cadenas de sus esposas.

El juez hizo un gesto al sheriff con la cabeza, para que se lo llevara.

Cuando el sheriff se lo estaba llevando, entró al padre de Anahí.

Un murmullo resonó en la sala.

Corrió hasta el estrado sin mirar a nadie y le habló al oído al juez.

–Llévenselo –dijo el juez, luego de escuchar al padre de Anahí–. Pero la sentencia se suspende hasta mañana.

El revolcón de Reno y Anahí había derivado en embarazo. Nunca en el pueblo alguien se había casado con una mujer que no le correspondiera, pero jamás una mujer embarazada había vivido con otro hombre que no fuese el padre biológico de su hijo. No podían deshacer con la sentencia de muerte una familia formada de facto.

Los casaron.

Yanina se alegró de no tener que casarse con ese muermo y fue la primera mujer soltera del pueblo, a la espera de que el juez decidiera su destino. ¿Qué decir de Reno y Anahí? El primer matrimonio de amor de Florida. Ellos sí eran felices. Con el correr de los días, los floridenses olvidaron el origen de la pareja, olvidaron que alguna vez las leyes se habían transgredido y los trataron como a los demás.

Sólo persistió la envidia. Los hombres, todos los hombres de Florida, notaban en Anahí un brillo hasta entonces para ellos desconocido. Era más suave que sus mujeres. Y con ella los placeres del sexo reproductivo y del cariño debían ser superiores.

A los dos meses de embarazo, Anahí estaba encendida como todas las mujeres grávidas y la envidia por la felicidad del matrimonio no servía a ninguno de los floridenses como argumento para marginarlos.

Eran personas severas pero justas.

Reno había declarado en la casa de té: –No conozco el resto del universo, ni siquiera de la Tierra. Pero sé que soy la más feliz de las criaturas vivientes.

Entonces llegaron las venusinas.

Lo que ellas dijeron fue que habían sobrevivido a la guerra en su planeta. Que los machos se habían matado entre sí y las habían salvaguardado enviándolas en una nave al espacio. El combustible se les había acabado llegando a la Tierra y habían aterrizado en Florida.

Las recibieron con hospitalidad y les permitieron vivir en su nave, en la zona despoblada del campo.

Carentes de alimentos y de medios de sustento, se les permitió trabajar. En su mayoría, como domésticas.

Las venusinas eran igual que las humanas, pero más bellas. Más suaves; su piel olía mejor. Por charlas masculinas se descubrió que los otrora severos floridenses no habían logrado superar la seducción interplanetaria.

Se supo que tenían la piel blanquísima y las nalgas bronceadas. Luego alguien comentó que sus senos eran duros. Alguien más agregó que sus bocas olían bien a toda hora. Y otro más, que oler no era lo único que sus bocas hacían bien. A poco, descubrieron que todos en Florida tenían una amante venusina. Todos menos Reno, aunque también en su casa trabajaba una venusina, acompañando a Anahí en su tercer mes de embarazo.

El juez, absolutamente perdido en una venusina de labios carnosos, otorgó el permiso de bigamia con exclusividad para adquirir una cónyuge venusina. Y la venusina de Reno fue la tercera esposa del juez.

Las uniones entre humanos y venusinas no daban hijos, y aunque los órganos venusinos y humanos eran iguales, sólo con las venusinas los hombres de Florida conocieron ciertas prácticas sexuales, que continuaron practicando exclusivamente con ellas.

Las mujeres floridenses, que nunca habían amado a sus maridos, no sufrieron el cambio. Las venusinas fueron entonces los objetos del sexo puro y los paseos por el pueblo, y las mujeres floridenses se conformaron gozosamente con su función reproductiva, el placer que extraían de esta función, las charlas entre ellas y la crianza de los hijos.

Las sonrisas que paseaban los floridenses, del brazo de sus venusinas por el pueblo, comenzaron a ser cada vez más parecidas a las de Anahí y Reno. Con el tiempo, incluso, más espléndidas.

Era evidente, cuando se cruzaba un floridense con su venusina y Reno y Anahí, que por muy embarazada que estuviese Anahí no era más bella que las venusinas. Tampoco, y esto los floridenses lo sabían, saludando con sus sombreros a la pareja, tampoco, aunque sonara crudo, el embarazo de Anahí podía hacer más feliz a Reno en la intimidad que las venusinas al resto de los floridenses.

Y la sonrisa de Reno, el único hombre de Florida que amaba a su primera esposa, que lo había dado todo por ella y que luego de estar a un paso de la muerte la había conseguido, esa sonrisa, comenzó a opacarse.

Yanina, a quien como desagravio se le había permitido conocer mundo y hacer de su vida lo que quisiera, había ido y venido de Florida, y en manos de un cirujano plástico del otro lado del mar se transformó en una venusina más. También aprendió, como éstas, los secretos prohibidos del amor. Y su carácter de carcelera, que antaño la había vuelto hosca y árida, aportaba, en su nueva personalidad sexual, un toque de atractiva brutalidad.

Al cuarto mes de embarazo de Anahí, Reno huyó con Yanina.

Reno, que había casi muerto por Anahí, que la había amado más que a sí mismo, se fugó con Yanina por el mismo impulso que lo había llevado a transgredir las leyes de toda una comunidad: tener una mujer mejor que la de los otros.

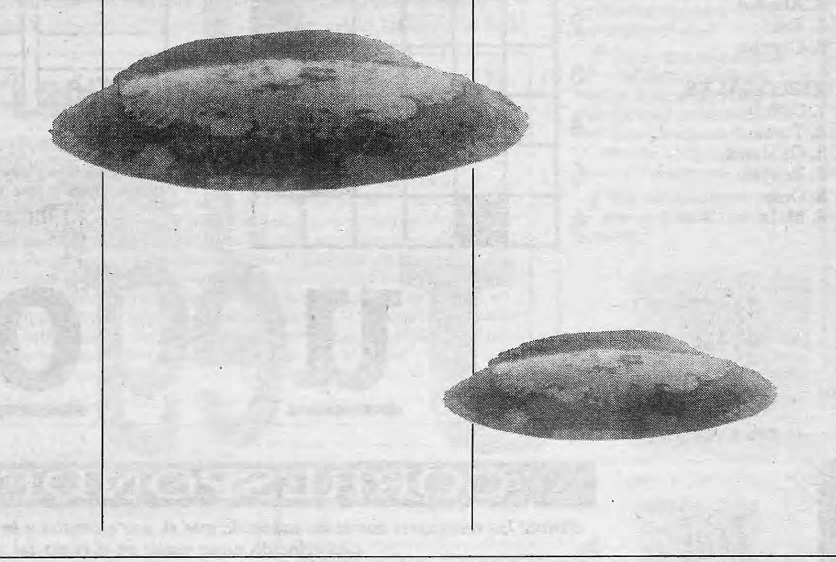
–Así son los humanos, me decía mi padre –dijo el marciano.

–¿Qué pasó con Anahí? –le pregunté.

–Todo Florida censuró la actitud de Reno. Luego de que nació el niño, Anahí, con la cabeza perdida, comenzó a mantener relaciones incestuosas con su padre. Los floridenses quemaron la casa con la familia adentro. Sólo se salvó la doméstica venusina.

–La búsqueda de la felicidad –dijo pensativo el marciano–, de allí provienen todas vuestras desdichas.

Se reproduce aquí por gentileza del autor.





Resumen: *Pirovano –ex arquero, representante de jugadores y quién sabe qué más– anda complicado: con Bárbara, la mujer de su amigo y representado Sebastián Armendáriz; con Dolores, su hija adolescente, por cuya integridad teme, amenazado por los que hostigan a sus amigos luchadores de Gigantes en la Lona, "Paredón" y –según el veterano Etchenique– el oscuro Ibrahim manejan la trama.*

9 DE VISITANTE

Mientras el ruido de la maquinita competía con el rap o lo que fuera que sonaba en el clip de la video, Mufa y Mango, el tatuador de la camiseta de Boca, me contaron desordenados pormenores.

Dolores había venido a las once con Fabián a que Mango le terminara de pintar el dragón. Un trabajo de diez minutos. Después se darían cuenta de que durante todo ese rato, el tipo –un rubio ambiguo con arito, vaqueros ajustados y camiseta sin mangas, una especie de Bowie con más lomo– se paseaba por la galería haciendo tiempo. Cuando ya se iban, el tipo entró a preguntar boludeces y ahí fue la escena del diseño y la navaja...

–¿Estaba solo?

–No, había dos que lo cubrían –me contestó Mango–. Cuando lo quise seguir me salieron al cruce en la escalera: "¿Adónde vas, pendejo?". Me cagué todo: "Iba al baño", les dije y me volví al local.

–Yo me había ido con ellos –continuó Mufa–. Los acompañé hasta Florida y ahí nos separamos. Bajé al locutorio porque tenía que hacer una llamada de larga distancia y cuando estaba en el mostrador llegó el chabón con el diseño. El no me vio pero yo lo reconocí y me extrañó que anduviera con eso encima. Lo atendieron rápido; pasó el fax y se fue. Yo esperaba todavía cuando usted llegó. No entendía nada. Cuando me dio los veinte lo vi tan extraño que no supe si disimulaba que no me conocía o qué...

–Claro –lo interrumpí; de algún modo el relato me avergonzaba, me daba miedo tanto equívoco, tanta casualidad–. ¿Adónde iba Dolores?

–Supongo que a su casa.

Me ensombrecí. Los tipos debían haberse separado. Por las caras de los pibes me di cuenta de que no sabían qué pasaba, por qué yo estaba tan sacado. Pero no había nada que les pudiera contar.

Hice que bajaran el volumen de la video, pedí el teléfono y marqué el número de casa.

Nada. Ni contestador, ni señal de ocupado, ni llamada infructuosa.

Volví a marcar. Silencio. Volví a marcar. Nada.

–¿Anda bien este teléfono?

Se miraron, no llegaron a contestarme.

Salí corriendo.

Tomé un taxi que tardó más que lo que hubiera demorado a pie.

Subí por la escalera y recién me detuve frente a la puerta. Abrí con la llave pero no pude entrar: estaba puesta la cadena de seguridad. Estuve a punto de tocar el timbre, gritar o empujar pero cerré los ojos y me contuve. Escuché. Música. Música asordinada por el encierro. Si estaban adentro; si la tenían, ya era tarde. Sólo me quedaba la sorpresa. La cadena era débil.

Intenté hacer palanca con el cortaplumas, aflojé los tornillos del marco pero no pude con la ansiedad. Con un buen golpe haría saltar los eslabones. Busqué el 38 en la funda riñonera: no estaba. No estaba, Dios.

Era la tercera vez en dos días que perdía el arma. Tuve ganas de llorar, de arrojarme de cabeza contra la puerta.

Miré alrededor. Junto a la ventana del piso había una maceta con un gomero mustio. La planta estaba sujeta a una guía vertical, un providencial metro de hierro "t". Lo arranqué sin cuidado ni pudor.

–¿Qué hace? –dijo una vieja que salía del ascensor.

–¡Cállese la boca! –le grité con voz ahogada por los dientes apretados–. ¡Y desaparezca, ya!

Con el mismo ademán con que levanté el hierro para espantar a la vieja y meterla otra vez en el ascensor, enfilé contra la puerta.

Fue un solo golpe.

La cadena se desprendió con crujido de madera y la puerta parpadeó, se abrió del todo. No pasó nada.

Cerré, entré y vi la ropa en el suelo. No había nada roto pero los libros y los zapatos tenían un aire de abandono precipitado, insoportable.

Levanté la barra de hierro y avancé hacia la puerta cerrada del cuarto. La música era similar a la del local de tatuaje, tan fuerte como aquella. Estaban ahí. Me afirmé con la zurda en el picaporte y preparé el asalto.

Abrí de golpe y entré a matar.

No más de tres segundos. Mucho menos. Lo suficiente para encontrarme con el culo pálido de Fabián en primer plano, el grito, el gesto defensivo de Dolores que no supo si taparse las inéditas tetitas o salir de abajo del rubio que la apretaba dulcemente contra el colchón entre espasmos.

Murmuré algo, no sé qué. Solté el fierro y salí cerrando despacio.

Fui hasta la heladera porque no había una ventana abierta para poder tirarme. Había un blanco helado a media asta que pagó por todos.

–La primera vez que juego de visitante en mi casa– dije retórico, buscando frase para recordar un día.

Al ratito la puerta del cuarto se abrió otra vez a mis espaldas y Dolores se asomó apenas, lo suficiente para sonreírme, ya repuesta, y hacerme una seña silenciosa y cómplice con los cuatro dedos extendidos.

–¿Cuatro? ¿Cuatro qué? –dije, tan vulgar, tan tonto.

–Cuatro en la prueba, pa –y me cambiaba el libreto como si nada–. Zafé, me recibí.

Y volvió a dejarme afuera.

Ya no me quedaban buenas frases ni reflejos veloces para caer parado.

El teléfono estaba caído y el contestador desconectado. Un rebote, el último pelotazo antes de salir. "Donde se vive no se ataja", murmuré.

Vicky tardó en atender:

–Tu hija se recibió –dije traidor, sin darle tiempo a nada–. Se merece un premio: te la mando con todo por una semana.

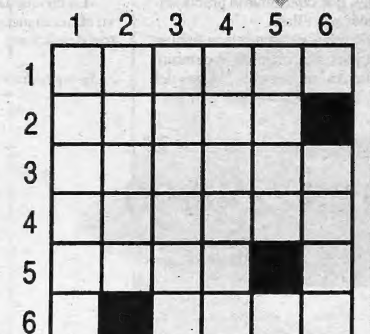
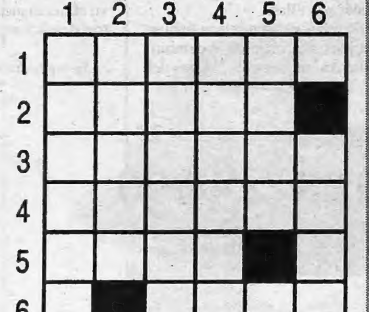
Mañana: **10. Ultima nota.**

¿ANAGRAMA O SINONIMO?

Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

HORIZONTALES
1. Rebasa.
2. Ajero.
3. Declive.
4. Alcohol.
5. Roto.
6. Cuerno.

VERTICALES
1. Cédula.
2. Torea.
3. Calmará.
4. Enojas.
5. Orar.
6. Mala.

	1	2	3	4	5	6
1						
2						■
3						
4						
5					■	
6		■				

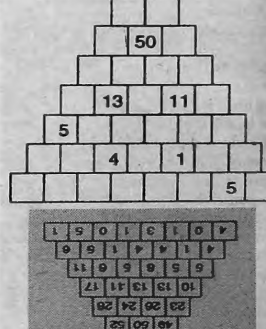
ESCALERAS

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez. Tal vez lo logre en menos pasos que nosotros.

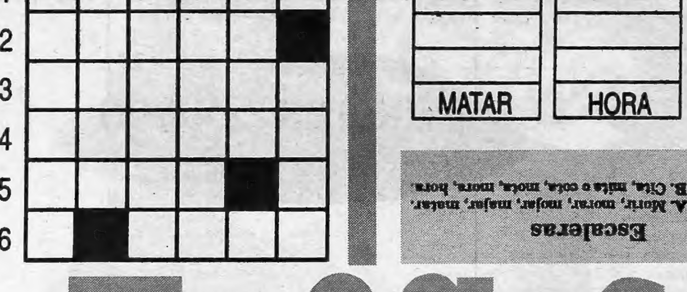
A	B
MORIR	CITA
MATAR	HORA

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.



201							
	50						
	13		11				
5							
		4		1			
						5	



CORRESPONDENCIAS

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Rusos
1. "El tío Vania" — A. Antón Chejov
2. "Los poseídos" — B. León Tolstoi
3. "Ana Karenina" — C. Nikolai Gogol
4. "Taras Bulba" — D. F. Dostoievski

Cine italiano
1. "El gatopardo" — A. Franco Zefirelli
2. "Strómboli" — B. Roberto Rossellini
3. "Milagro en Milán" — C. Vittorio de Sica
4. "Romeo y Julieta" — D. Luchino Visconti

Qué es
1. Jenjibre — A. Instrumento musical
2. Jangada — B. Bebida alcohólica
3. Salterio — C. Embarcación
4. Tartana — D. Carruaje

Futbolistas
1. Michel Platini — A. Alemán
2. Franz Beckenbauer — B. Argentino
3. Pelé — C. Francés
4. Diego Maradona — D. Brasileño

Soluciones



Escaleras
A. Morir, morar, mojar, majar, matar.
B. Cita, mita o cota, mota, mora, hora.

Pirámides numéricas

201							
99	102						
49	50	52					
23	26	24	28				
10	13	13	11	17			
5	5	8	5	6	11		
4	1	4	4	1	5	6	
4	0	1	3	1	0	5	1

Correspondencias
Rusos: 1-A, 2-D, 3-B, 4-C. Qué es: 1-B, 2-C, 3-A, 4-D. Cine italiano: 1-D, 2-B, 3-C, 4-A. Futbolistas: 1-C, 2-A, 3-D, 4-B.

